

LA LÓGICA DE LA HISTORIA

De MISERIA DE LA TEORÍA*

EDWARD P. THOMPSON

Ahora tendrá lugar un breve intermedio. Pueden ustedes suponer que las luces se han encendido y que los acomodadores avanzan por los pasillos con bandejas llenas de helados. Durante este entreacto mi propósito es discutir de lógica histórica. Los filósofos o sociólogos a quienes no guste este tema o que sean profundamente escépticos a su respecto quedan advertidos para que se retiren al salón de descanso o al bar. Pueden volver a reunirse con nosotros más adelante.

No es fácil discutir este tema. No hace mucho, estando en Cambridge como invitado en un seminario de distinguidos antropólogos, cuando se me pidió que justificara una cierta afirmación, respondí que estaba validada por la «lógica histórica». Mis atentos huéspedes estallaron en una franca hilaridad. Yo participé en la risa, por supuesto; pero también me vi empujado a reflexionar sobre el significado «antropológico» del intercambio. Pues es habitual, entre los rituales académicos para los especialistas de disciplinas diversas, profesar respeto no tanto por los hallazgos de la disciplina de los demás, cuando por las auténticas credenciales de la disciplina misma. Y si un seminario de historiadores se echara a reír por las *credenciales* mismas de un filósofo o un antropólogo (esto es, de la lógica o disciplina central de su trabajo intelectual), se tomaría como una ofensa. El significado del intercambio aludido consiste en que se da por sentado en muy amplios sectores que la «historia» es una excepción a esta regla; que la disciplina central de su práctica es una ocasión de regocijo; y que, lejos de tomarlo como una ofensa, yo mismo, como especialista en esta materia, iba a participar en el regocijo.

No es difícil ver cómo ocurre tal cosa. Las maneras de escribir la historia son tan diversas, las técnicas empleadas por los historiadores son tan varia-

* *Miseria de la teoría*, traducción de Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 65-85. («Historical Logic», en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.)

das, los temas de investigación histórica son tan desiguales, y, por encima de todo, las conclusiones son tan polémicas y tan duramente controvertidas dentro de la propia profesión que resulta difícil aducir una coherencia disciplinaria. Y me doy perfecta cuenta de que hay cosas en la Cambridge School of History susceptibles de provocar carcajadas antropológicas u otras. No obstante, el estudio de la historia es un empeño muy antiguo, y sería sorprendente que fuera el único entre las ciencias y las humanidades que haya sido incapaz de desarrollar su propia disciplina durante varios miles de años, es decir, su propio discurso de la demostración. Y no veo qué pueda ser dicho discurso a menos que adopte la forma de una lógica histórica.

Yo argüiría que se trata de una lógica *diferenciada*, apropiada a los materiales del historiador. No puede ser útilmente valorada según los mismos criterios que la física, por las razones aducidas por Popper y por otros muchos; «la historia» no depara laboratorios para la verificación experimental, proporciona la evidencia de causas necesarias pero nunca —a mi juicio— de causas suficientes, las «leyes» —o, en términos más de mi gusto, la lógica o las presiones— del proceso social y económico son siempre interferidas por contingencias de maneras tales que invalidarían toda regla en las ciencias experimentales, y así sucesivamente. Pero estas razones no son objeciones a la lógica histórica, ni justifican (como supone Popper) la acusación de «historicismo» contra toda noción de la historia como registro de un proceso unificado con su «racionalidad» propia. Simplemente ilustran —y ocasionalmente definen, lo cual resulta más provechoso— la conclusión de que la lógica histórica no es lo mismo que los procedimientos disciplinarios de la física.

La lógica histórica tampoco puede sujetarse a los mismos criterios que la lógica analítica, que es el discurso de la demostración propio del filósofo. Las razones de esto residen no en la falta de lógica de los historiadores, sino en su necesidad de una lógica de *tipo* distinto, apropiada a fenómenos que están siempre en movimiento, que revelan —incluso en un mismo momento— manifestaciones contradictorias, cuyas particulares evidencias sólo pueden hallar su definición en contextos particulares, y cuyos términos generales de análisis (es decir, las preguntas adecuadas para interrogar los datos empíricos), sin embargo, raramente son constantes, sino que más bien cambian según los movimientos del acontecimiento histórico: en la medida en que cambia el objeto de la investigación, así cambian también las preguntas adecuadas. Como ha comentado Sartre: «La historia no es orden. Es desorden: un desorden racional. En el momento mismo de mantener un orden, es decir una estructura, la historia está ya en camino de deshacerlo».¹

Ahora bien, un desorden de esta clase rompe todo procedimiento de lógica analítica, la cual, como primera condición, debe manejar términos

no ambiguos y mantenerlos fuertemente en un solo lugar. Ya hemos señalado la propensión de los filósofos, cuando examinan las credenciales epistemológicas de «la historia», a colocar sobre su mesa «hechos» aislados, en lugar de los materiales acostumbrados de los historiadores: los datos empíricos del comportamiento (incluyendo el comportamiento mental, cultural) en su acaecer a lo largo del tiempo. Cuando Althusser y muchos otros acusan a los historiadores de «no tener teoría», deberían meditar sobre si lo que ellos toman por inocencia o letargo no es un *rechazo* explícito y consciente: el rechazo de conceptos analíticos estáticos, propios de una lógica inadecuada para la historia.

Por «lógica histórica» entiendo un método lógico de investigación adecuado a los materiales históricos, concebido, en el mayor grado posible, para contrastar hipótesis relativas a estructuras, causaciones, etcétera, y para eliminar procedimientos autoconfirmatorios («ejemplos», «ilustraciones»). El discurso de la demostración de la disciplina histórica consiste en un diálogo entre concepto y dato empírico, diálogo conducido por hipótesis sucesivas, por un lado, e investigación empírica por el otro. El interrogador es la lógica histórica; el instrumento interrogativo una hipótesis (por ejemplo, la manera en que diversos fenómenos hayan podido actuar unos sobre otros); el que contesta es el dato empírico, con sus propiedades concretas. Llamar a esto lógica no equivale, naturalmente, a pretender que siempre aparezca evidencia en la práctica de todos los historiadores, o que aparezca en todos los pasos de la actividad de un historiador. (No es exclusivo de la historia, según creo, el ser incapaz de mantener sus propias profesiones de fe.) Pero ello supone decir que esta lógica no se despliega involuntariamente; que la disciplina requiere una preparación ardua; y que tres mil años de ejercicio nos han enseñado alguna cosa. Y supone decir que es esta lógica la que constituye el tribunal de última instancia de la disciplina: adviértase bien, no «los datos empíricos» por sí mismos, sino los datos empíricos interrogados de este modo.

Definir plenamente esta lógica —y replicar de paso a algunas de las objeciones de Popper— requeriría escribir un ensayo diferente, y más académico, con muchos ejemplos e ilustraciones. Puesto que me refiero más particularmente a las posiciones de Althusser, puede bastar con ofrecer, en defensa del materialismo histórico, algunas proposiciones.

1) El objeto inmediato del conocimiento histórico (esto es, los materiales a partir de los cuales este conocimiento es aducido) se compone de «hechos» o datos empíricos que ciertamente tienen una existencia real, pero que sólo son cognoscibles por vías que son —y deben ser— incumbencia de procedimientos históricos vigilantes. Esta proposición ha sido ya discutida.

2) El conocimiento histórico es, por su naturaleza, a) provisional e incompleto, aunque no por ello falso; b) selectivo, aunque no por ello falso, c) limitado y definido por las preguntas formuladas a los datos empíricos (y los conceptos que informan estas preguntas) y, por lo tanto, sólo «verdadero» dentro del campo así definido. En estos respectos, el conocimiento histórico puede distanciarse de otros paradigmas del conocimiento cuando se le somete a investigación epistemológica. En este sentido, estoy dispuesto a admitir que la tentativa de designar la historia como «ciencia» ha sido siempre poco provechosa y fuente de confusiones.² Si Marx y, más aún, Engels cayeron a veces en este error, entonces podemos disculparnos, pero no deberíamos confundir esta pretensión con su manera real de escribir historia. Marx sabía ciertamente, también, que la Historia era una musa, y que las «humanidades» construyen conocimientos.

3) Los datos empíricos históricos tienen determinadas propiedades. Aunque se les puede plantear un número cualquiera de preguntas, sólo algunas serán las apropiadas. Mientras que puede proponerse cualquier teoría del proceso histórico, todas las teorías que no están conformes con las determinaciones de los datos empíricos son falsas. En esto reside el tribunal de apelación de la disciplina. En este sentido es verdad (aquí podemos coincidir con Popper) que, mientras que el conocimiento histórico debe siempre andar escaso de pruebas positivas (del tipo apropiado para las ciencias experimentales), el conocimiento histórico falso está generalmente sujeto a refutación.³

4) De estas proposiciones se sigue que la relación entre el conocimiento histórico y su objeto no puede entenderse en ningún caso en términos que supongan que uno es función (inferencia, revelación, abstracción, atribución o «ilustración») del otro. El instrumento interrogativo y la respuesta son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como diálogo.

A continuación pueden presentarse otras cuatro proposiciones algo más extensamente.

5) El objeto del conocimiento histórico es la historia «real», cuyos datos empíricos deben necesariamente ser incompletos e imperfectos. Suponer que un «presente», por el hecho de moverse hacia un «pasado», cambia por esto de estatuto ontológico, equivale a no comprender ni el pasado ni el presente.⁴ La realidad palpable de nuestro propio presente (ya pasando) no puede en modo alguno cambiar por el mero hecho de estar, ya *ahora*, convirtiéndose en el pasado de la posteridad. No hay duda de que la posteridad no puede interrogarlo enteramente de las mismas maneras; no hay duda de que usted y yo, como instantes y como actores que vivimos una experiencia dentro de nuestro presente, sobreviviremos

únicamente como determinados datos empíricos de nuestros actos o pensamientos.

Mientras que los historiadores pueden tomar una decisión para seleccionar a partir de esos datos y escribir una historia de aspectos discretos del conjunto (una biografía, la historia de una institución, una historia de caza de zorros, etc.), el objeto real se mantiene unitario. El pasado humano no es una agregación de historias discretas, sino un conjunto unitario de comportamientos humanos en los que cada aspecto se relaciona de determinadas maneras con los otros, análogamente a como los actores individuales entran entre sí en determinadas relaciones (mediante el mercado, mediante relaciones de poder y subordinación, etc.). En la medida en que estas acciones y relaciones dan origen a cambios, que se convierten en el objeto de la investigación racional, podemos definir esta suma como un *proceso* histórico, es decir, una suma de *prácticas* ordenadas y estructuradas de maneras racionales. Si bien esta definición se formula como respuesta a la pregunta planteada,⁵ no «se inventa» el proceso. Aquí debemos tomar posición contra Goldmann y con Bloch. Los procesos acabados de cambio histórico, con sus intrincadas relaciones causales, ocurrieron de verdad, y la historiografía puede falsearlos o entenderlos mal, pero no puede en lo más mínimo modificar el estatuto ontológico del pasado. El objetivo de la disciplina histórica es alcanzar esta verdad de la historia.

Cada época, o cada investigador, pueden proponer nuevas preguntas a los datos históricos, o pueden llevar a la luz nuevos niveles de facticidad. En este sentido, «la historia», considerada como la suma de los productos de la investigación histórica, cambiará, y deberá hacerlo, con las preocupaciones de cada generación o, por decirlo así, de cada sexo, de cada nación, de cada clase social. Pero esto no supone, ni mucho menos, que los acontecimientos pasados en sí mismos cambien con cada interrogador, ni que los datos empíricos sean indeterminados. Los desacuerdos entre historiadores pueden ser de diversa índole, pero se reducirían a meras confrontaciones de actitudes o a ejercicios ideológicos si no se conviniera que tienen lugar dentro de una disciplina común cuya finalidad es el conocimiento objetivo.

A esta proposición hay que añadir un aditamento. Cuando hablamos de la «inteligibilidad» de la historia, podemos querer aludir a la intelección de la racionalidad (de la causación, etc.) del proceso histórico: éste es un conocimiento objetivo, revelado en un diálogo con datos empíricos determinados. Pero podemos también querer aludir a la «significación» de este pasado, su sentido *para nosotros*; se trata de un juicio evaluativo y subjetivo, y a tales interrogantes los datos empíricos no pueden proporcionar res-

puestas. Esto no implica la conclusión de que tal ejercicio sea impropia. Podemos estar de acuerdo (con Popper) en que cada generación, cada historiador tiene derecho a expresar un «punto de vista», o (con Kolakowski) en que tenemos derecho a atribuir tal «inteligibilidad inmanente» a la historia como un «acto de fe», con tal de que distingamos que esto se basa no en procedimientos científicos sino en una «elección de valores».⁶

Podemos estar de acuerdo no sólo en que tales juicios en cuanto al «sentido» de la historia son una actividad correcta e importante, una manera en que los actores de hoy identifican sus valores y sus fines, sino también en que es una actividad *inevitable*. Esto es, las preocupaciones de cada generación, sexo o clase deben inevitablemente tener un contenido normativo, que hallará expresión en las preguntas formuladas a los datos empíricos. Pero esto en modo alguno pone en tela de juicio la objetividad de los datos. Es simplemente un enunciado referente a la complejidad no sólo de la historia, sino de nosotros mismos (a la vez seres racionales y valoradores), complejidad que invade todas las formas de autoconocimiento social y que requiere en todas las disciplinas salvaguardas metodológicas. Es precisamente en el ámbito de la lógica histórica donde las atribuciones de sentido son expuestas a la luz, en caso de ser encubiertas e impropias; es ahí donde los historiadores se sorprenden unos a otros. Una historiadora feminista dirá, o debería decir, que tal libro de historia es erróneo no porque haya sido escrito por un hombre, sino porque su autor ha omitido datos contiguos o ha planteado preguntas conceptualmente inadecuadas: de ahí que se haya impuesto a las respuestas un «sentido» o una tendenciosidad masculina. Lo mismo ocurre con las argumentaciones algo intemperantes que yo y mis colegas marxistas a menudo provocamos en el seno de la profesión académica. Nunca —o raras veces— se apela a una elección de valores, sino a la lógica de la disciplina. Y si negamos las concretas propiedades del objeto, entonces no subsiste ninguna disciplina.

Pero no puedo terminar con este aditamento dando la impresión de que atribuir «sentido», entendido como significación de valor, sea motivo de lamentación, consecuencia de la falibilidad humana. Creo que es mucho más importante que eso. No me siento nada embarazado, cuando formulo los resultados de mi propia investigación histórica, por ofrecer juicios de valor sobre el pasado, sea abierta y activamente o en forma de ironías y apartes. Esto es correcto, por una parte, porque el historiador examina vidas y opciones individuales, y no sólo una sucesión (un proceso) histórica. Y si bien no debemos atribuir valor a un proceso, las mismas objeciones no surgen con igual fuerza tratándose de las opciones de personas individuales, cuyos actos e intenciones pueden ciertamente ser juzgados (como

lo fueron por sus contemporáneos) dentro del contexto histórico debido y relevante.

Pero éste es sólo un caso especial de una cuestión más general. Sólo nosotros, los que ahora vivimos, podemos dar un «sentido» al pasado. Ahora bien, este pasado siempre ha sido, entre otras cosas, el resultado de un razonamiento sobre valores. Al recuperar ese proceso, al mostrar cómo aconteció realmente la secuencia causal, debemos, hasta donde la disciplina lo permita, mantener nuestros propios valores en suspenso. Pero, una vez recuperada esta historia, quedamos en libertad para expresar nuestros juicios sobre ella.

Tal enjuiciamiento debe estar, a su vez, bajo controles históricos. El juicio ha de ser adecuado a los materiales. Es absurdo lamentar que la burguesía no haya sido comunitaria o que los *levellers* no implantaran una sociedad anarcosindicalista. Lo que podemos hacer, más bien, es identificarnos con ciertos valores defendidos por actores del pasado y rechazar otros. Podemos dar nuestro voto a Winstanley y a Swift; y votar contra Walpole y sir Edwin Chadwick.

Nuestro voto no cambiará nada. Y no obstante, en otro sentido, puede cambiarlo todo. Porque estamos diciendo que estos valores, y no esos otros, son los que hacen que esta historia tenga sentido *para nosotros*, y que éstos son los valores que tratamos de extender y apoyar en nuestro presente. Si lo logramos, volvemos a la historia y la dotamos de nuestras propias significaciones: damos la mano a Swift. Apoyamos en nuestro presente los valores de Winstanley y nos pronunciamos a favor de que se abomine del tipo de oportunismo bajo y cruel que distinguió la política de Walpole.

Al final, también nosotros moriremos, nuestras vidas yacerán inertes dentro del proceso acabado y nuestras intenciones yacerán asimiladas dentro de un acontecimiento pasado que nosotros nunca nos propusimos. Lo que podemos esperar es que los hombres y mujeres del futuro retornen hacia nosotros, que afirmen y renueven nuestros significados y que hagan inteligible nuestra historia dentro de su propio tiempo presente. Ellos solos tendrán el poder de seleccionar entre los muchos sentidos ofrecidos por nuestro conflicto presente, y de transmutar alguna de las partes de nuestro proceso en el progreso de ellos.

Pues «progreso» es un concepto o bien carente de sentido, o, peor aún, cuando se imputa como atributo *al* pasado (y tales atribuciones sí pueden ser denunciadas con propiedad como «historicistas»), susceptible sólo de adquirir un sentido desde una particular posición en el presente, una posición de valor en busca de su propia genealogía. Tales genealogías *existen* entre los datos empíricos: ha habido hombres y mujeres de honor, valentía y «visión de futuro», y movimientos históricos dotados de estas cualida-

des. Pero pese a la autoridad de Goldmann, debemos afirmar no que «la realidad histórica cambia de una a otra época con modificaciones en la jerarquía de los valores», sino que el «sentido» que atribuimos a esa realidad cambia de esta manera.

El «aditamento» a mi proposición nos ha apartado un poco de nuestro camino. La proposición concernía a la objetividad de la historia «real». Parece como si volviéramos, una y otra vez, a las vueltas cada vez más estrechas de este remolino epistemológico. Tratemos de avanzar.

6) La investigación de la historia como proceso, como acaecimiento o «desorden racional», implica nociones de causación, de contradicción, de mediación y de organización sistemática (a veces estructurante) de la vida social, política, económica e intelectual. Estas nociones elaboradas⁷ «pertenecen» a la teoría histórica, sufren un proceso de refinado mediante los procedimientos de esta teoría y son pensadas en el pensamiento. Pero no es cierto que pertenezcan *sólo* a la teoría. Cada noción, o concepto, surge de compromisos empíricos, y por muy abstractos que sean los procedimientos de su interrogación de sí mismo, debe ser llevado de nuevo a confrontación con las propiedades dadas de los datos empíricos, y ha de asumir su defensa ante jueces atentos del «tribunal de apelación» de la historia. Una vez más, se trata de una cuestión de diálogo, en el sentido más crítico. En el sentido de que una tesis (el concepto o hipótesis) es puesta en relación con su antítesis (determinación objetiva atórica) y de ello resulta una síntesis (conocimiento histórico), lo cual puede llamarse la dialéctica del conocimiento histórico. Mejor dicho, hubiéramos podido llamarlo así antes de que la «dialéctica» fuera rudamente sustraída de nuestro alcance y convertida en juguete de la escolástica.

La práctica histórica está sobre todo involucrada en este tipo de diálogo; con una confrontación entre conceptos o hipótesis⁸ heredados, inadecuados o sesgados por una ideología, por una parte, y datos empíricos recientes o no convenientes, por otra; con la elaboración de nuevas hipótesis; con la prueba de estas hipótesis contrastadas con los datos empíricos, lo cual puede suponer interrogar los datos existentes de otras maneras o investigar más allá para confirmar o refutar las nuevas nociones; desechando las hipótesis que no satisfacen estas pruebas, y mejorando o revisando las que las satisfacen, a la luz de este compromiso.

En la medida en que una noción halle el respaldo de los datos empíricos, tiene uno pleno derecho a decir que *existe*, «ahí fuera», en la historia real. Naturalmente, no se trata de que exista realmente como una suerte de plasma adherido a los hechos o como una invisible almendra dentro de la cáscara de las apariencias. Lo que decimos es que la noción (concepto, hipótesis sobre causación) ha sido sometida a un diálogo disciplinado con

los datos empíricos, y que ha probado que «funciona»; es decir, no ha quedado refutada por datos contrarios, y además organiza o «explica» satisfactoriamente datos empíricos hasta ahora inexplicables; en consecuencia, es una representación adecuada (aunque aproximada) de la secuencia causal, o racionalidad, de esos acontecimientos, y concuerda —dentro de la lógica de la disciplina histórica— con un proceso que de hecho aconteció en el pasado. De ahí que exista simultáneamente tanto como conocimiento «verdadero» cuanto como adecuada representación de una propiedad real de aquellos acontecimientos.

7) El materialismo histórico difiere de otras ordenaciones interpretativas de los datos históricos no —o no necesariamente— por ninguna premisa epistemológica, sino por sus categorías, sus hipótesis características y procedimientos concomitantes⁹ y el declarado parentesco conceptual entre éstas y los conceptos elaborados por los cultivadores marxistas de otras disciplinas. Yo no veo la historiografía marxista como si fuera algo *subordinado* a algún corpus general de marxismo-como-teoría, situado en alguna otra parte (¿tal vez en la filosofía?). Al contrario, si hay un terreno común a todas las prácticas marxistas, debe estar allí donde el propio Marx lo situó, en el materialismo histórico. Tal es el terreno del que brota toda la teoría marxista y al que debe retornar en definitiva.

Al decir esto no estoy diciendo que los historiadores marxistas no estén en deuda, por ciertos conceptos, con una teoría marxista general cuyo alcance se extiende a marxistas que trabajan en otros campos y que se enriquece con sus hallazgos. Esto es evidentemente lo que ocurre; nuestro trabajo se desarrolla en un intercambio constante. Lo que discuto es que se trate de una Teoría que tiene un Hogar independientemente de tales prácticas: un Hogar textual que se valida a sí mismo, o un Hogar radicado en la sabiduría de algún partido marxista, o un Hogar en una práctica teórica purificada. La patria de la teoría marxista sigue estando donde siempre ha estado, el objeto real humano en todas sus manifestaciones (pasadas y presentes); objeto que, sin embargo, no puede ser conocido por un simple vistazo teórico (como si la Teoría pudiera engullir la realidad de un trago), sino sólo a través de disciplinas discretas, informadas por conceptos unitarios. Estas disciplinas o prácticas se encuentran en las fronteras de cada una con los demás, intercambian conceptos, conversan entre sí y se corrigen mutuamente los errores. La filosofía puede —y debe— supervisar, afinar y auxiliar la conversación. Pero si dejamos que la filosofía trate de *abstraer* los conceptos respecto de las prácticas y construya a partir de ellos un Hogar para la Teoría independientemente de éstas, y además lejos de todo diálogo con el objeto de la teoría, entonces tendremos... ¡el teatro de Althusser!

De ahí se sigue que si los conceptos marxistas (es decir, conceptos desarrollados por Marx y dentro de la tradición marxista) difieren de otros conceptos interpretativos en la práctica histórica, y si resultan ser más «verdad» o más adecuados para la explicación que otros, esto será porque resisten mejor la prueba de la lógica histórica, y no por «derivar de» una verdadera Teoría externa a esta disciplina. En cualquier caso, no han sido inferidos de esta manera. En la medida en que yo mismo tengo una deuda profunda con la práctica del propio Marx en lo referente a ciertos conceptos, me niego a rehuir responsabilidades apoyándome en su autoridad o a esquivar las críticas huyendo de un salto del tribunal de apelación. Para el conocimiento histórico, este tribunal reside en la disciplina de la historia y en ninguna otra parte.

La apelación puede adoptar dos formas: a) la empírica, que ya ha sido suficientemente examinada, y b) la teórica, es decir, la apelación a la coherencia, adecuación y consistencia de los conceptos, y a su congruencia con el conocimiento de disciplinas vecinas. Pero ambas formas de apelación sólo pueden ser efectuadas mediante el vocabulario de la lógica histórica. El tribunal ha estado reunido en juicio contra el materialismo histórico durante un centenar de años, y su sentencia es continuamente aplazada. El aplazamiento es en efecto un tributo a la robustez de la tradición: durante este largo intervalo se han defendido casos contra un centenar de otros sistemas interpretativos, y los acusados han resultado absueltos. El hecho de que el tribunal no haya fallado decisivamente en favor del materialismo histórico no se debe sólo al prejuicio ideológico de algunos de los jueces (aunque hay mucho de eso), sino también a la naturaleza provisional de los conceptos explicativos, a los silencios (o ausencia de mediaciones) *existentes* en ellos, al carácter primitivo y no reconstruido de algunas de las categorías y a que los datos empíricos no son concluyentes.

8) Mi proposición final aconseja aplicar una reserva fundamental sobre la epistemología althusseriana, así como sobre ciertos estructuralismos o sistemas funcionales (por ejemplo, la sociología de Parsons) que periódicamente tratan de invadir la disciplina histórica. Ciertas categorías críticas y ciertos conceptos empleados por el materialismo histórico sólo pueden ser comprendidos como *categorías históricas*: esto es, como categorías o conceptos apropiados para la investigación de procesos, para el examen de «hechos» que, incluso en el momento de ser interrogados, cambian de forma (o conservan la forma pero cambian de «sentido») o se disuelven en otros hechos; conceptos apropiados para el manejo de datos empíricos no susceptibles de representación conceptual estática, sino sólo como manifestación o contradicción.

La construcción de conceptos históricos no es, por supuesto, un privilegio especial reservado al materialismo histórico. Tales conceptos surgen en el seno del discurso común de los historiadores o son desarrollados en disciplinas adyacentes. El concepto clásico de la crisis de subsistencia¹⁰ propone una secuencia racional de acontecimientos: por ejemplo, mala cosecha → hambre → aumento de la mortalidad → agotamiento de las reservas de grano para el año siguiente → segunda mala cosecha → hambre extrema → tasa altísima de mortalidad acompañada de epidemias → aumento brusco de la tasa de natalidad. El concepto del ciclo de desarrollo familiar propone una particular secuencia en tres generaciones dentro de la misma unidad familiar campesina, modificada por las condiciones particulares, de tenencia de la tierra y por el régimen de herencias. Estos conceptos, que resultan de la generalización por la lógica a partir de muchos ejemplos, son aplicados a los datos empíricos no como «modelos» sino más bien como «expectativas». No imponen una regla, sino que activan y facilitan la interrogación de los datos, aunque a menudo se descubre que cada caso diverge, en tal o cual aspecto, de la regla. El dato —y el acontecimiento real— no es regido por una regla, pero no podría ser comprendido sin la regla, a la que ofrece sus propias irregularidades. Esto provoca malestar entre algunos filósofos, e incluso sociólogos, que consideran que un concepto con tanta elasticidad no es un concepto verdadero, y que una regla no es una regla a menos que la evidencia se conforme a ella y se mantenga firme en un lugar dado.

Los conceptos y las reglas históricos a menudo son de esta clase. Muestran una gran elasticidad y admiten muchas irregularidades; el historiador parece alejarse del rigor al sumirse en las más amplias generalizaciones en un momento, mientras que en el momento siguiente se sume en las particularidades que determinan un caso concreto cualquiera. Esto provoca desconfianza, e incluso risa, en otras disciplinas. El materialismo histórico emplea conceptos de igual generalidad y elasticidad —«explotación», «hegemonía», «lucha de clases»—, y los emplea más como expectativas que como reglas. E incluso categorías que parecen ofrecer menos elasticidad —«feudalismo», «capitalismo», «burguesía»— aparecen en la práctica histórica no como tipos ideales que se llenan de contenido a lo largo de la evolución histórica, sino como familias enteras de casos especiales, familias que incluyen a huérfanos adoptados y a retoños de la mezcla de razas tipológicas. La historia no sabe de verbos regulares.

La desdicha de los historiadores marxistas (y sin duda nuestra particular desdicha actual) es que algunos de nuestros conceptos son moneda corriente en un universo intelectual más amplio y son adoptados en otras disciplinas, que les imponen su propia lógica y los reducen a categorías es-

táticas, ahistóricas. Ninguna categoría histórica ha sido peor interpretada, atormentada, vulnerada y deshistorizada que la de clase social;¹¹ una formación histórica que define a sus propios sujetos, que los hombres y mujeres elaboran a partir de su propia experiencia de lucha, ha sido reducida a una categoría estática, o a un efecto de una ulterior estructura de la que los seres humanos no son agentes sino vectores. Althusser y Poulantzas no sólo han infligido este perjuicio a la historia marxista, sino que además, a continuación, ¡se lamentan de que la historia, de cuyos brazos han arrebatado este concepto, no tenga ninguna teoría adecuada de las clases! Lo que no han entendido, ni ellos ni muchos otros, de todos los matices ideológicos, es que no es tarea de la historia —y nunca lo ha sido— construir este tipo de teoría inelástica. Y si el propio Marx tuvo alguna prioridad metodológica suprema, fue precisamente la destrucción del mercadeo de teorías ahistóricas de este tipo.

La historia no es una fábrica para la producción de una Teoría Máxima, a modo de un Concorde de la atmósfera global; tampoco es una cadena para la producción de teorías enanas en serie. No es tampoco ninguna estación experimental gigantesca en que la teoría fabricada en otra parte pueda ser «aplicada», «contrastada» y «confirmada». No es ésta en modo alguno su tarea. Su tarea consiste en rescatar, «explicar» y «comprender» su objeto, la historia real. Las teorías que los historiadores aducen van dirigidas a este objetivo, dentro de los límites de la lógica histórica, y no hay cirugía alguna que pueda trasplantar teorías foráneas, como órganos no modificados, a otras lógicas conceptuales estáticas, o viceversa. Nuestro objetivo es el conocimiento histórico; proponemos nuestras hipótesis para explicar tal formación social concreta del pasado, tal secuencia concreta de causas.

Nuestro conocimiento —así lo esperamos— no por ello está aprisionado en ese pasado. Nos ayuda a saber quiénes somos, por qué estamos aquí, qué posibilidades humanas se han desplegado, y a conocer lo que podemos conocer de la lógica y de las formas del proceso social. Parte de este conocimiento puede ser teorizado menos como regla que como expectativa. Y con otros conocimientos y otras teorías, podrían y deberían tener lugar intercambios. Pero el intercambio exige vigilancia, en cuanto la moneda teórica de una disciplina es cambiada por la de otra. La filosofía no debería estar en cada frontera como un traficante que ofrece falsos billetes de banco «universales», con circulación en todos los países. En lugar de esto, podría poner en funcionamiento una oficina de cambio con la misión de estar vigilante.

Aquellas tesis del materialismo histórico que se refieren a la relación entre ser social y conciencia social, a las relaciones de producción y a sus

determinaciones, a los modos de explotación, a la lucha de clases, a la ideología o a las formaciones sociales y económicas capitalistas, proceden —atendiendo a uno de los polos del «diálogo»— de la observación de la secuencia de acontecimientos históricos *a lo largo del tiempo*. Esta observación no opera sobre hechos discretos *seriatim*, sino sobre *conjuntos* de hechos con sus propias regularidades: de la repetición de ciertos tipos de acontecimiento; de la congruencia de ciertas clases de conducta en contextos diferentes; en suma, de los datos sobre formaciones sociales sistemáticas y de una lógica común del proceso. Las teorías históricas que resultan (no espontáneamente, sino, por atenernos al otro polo del diálogo, en virtud de una ardua conceptualización) no pueden ser sometidas a prueba, como a veces se supone, deteniendo el proceso, «congelando» la historia y tomando de ella un corte geológico estático, que mostraría el capitalismo o las jerarquías de clases en un momento dado del tiempo como si fueran estructuras elaboradas.¹² Cuando hacemos investigación histórica no pasamos a saltos de una «foto fija» a otra, cada una de las cuales nos mostraría un momento del tiempo social inmovilizado en una sola posición eterna, pues cada una de estas «fotos fijas» no es sólo un momento del ser sino también un momento del devenir; e incluso en cada uno de los cortes supuestamente estáticos se encontrarán contradicciones y vínculos, elementos dominantes y subordinados, energías en decadencia o en ascenso. Todo momento histórico es a la vez resultado de los procesos anteriores e índice que señala la dirección de su decurso futuro.

Hay dificultades bien conocidas tanto para explicar el proceso histórico como para verificar toda explicación. «La historia» misma es el único laboratorio posible para el experimento, y nuestra única dotación experimental es la lógica histórica. Si forzamos analogías inadecuadas con las ciencias experimentales, pronto nos daremos cuenta de que el asunto es insatisfactorio. La historia nunca puede permitirse el lujo de unas condiciones para efectuar experimentos idénticos; y si mediante procedimientos comparativos podemos observar experimentos algo similares en distintos laboratorios nacionales (el surgimiento del estado-nación, la industrialización), nunca podemos volver a tales laboratorios, imponer nuestras condiciones y realizar de nuevo el experimento de punta a punta.

Pero tales analogías nunca han sido provechosas. El que las dificultades de la explicación en historia sean inmensas no debería sorprender a nadie. Nosotros mismos habitamos el mismo elemento —un presente convirtiéndose en pasado—, que es un elemento humano de costumbres, necesidades, razón, voluntad, ilusión y deseo, y deberíamos saber que está hecho de una materia obstinada. Y sin embargo hay un sentido en el cual el pasado mejora respecto del presente, pues «la historia» sigue siendo su

propio laboratorio como proceso y como acontecer. Un corte estático puede mostrarnos ciertos elementos (A, B y C) en mutua interrelación o contradicción; el acontecer a lo largo del tiempo nos mostrará cómo fueron vividas estas relaciones, qué luchas se libraron en torno a ellas y cómo fueron resueltas, y de qué manera ABC dio origen a D; y este acontecer, a su vez, arrojará luz retrospectivamente sobre las maneras en que los elementos estuvieron previamente relacionados y sobre la fuerza de la contradicción.

En este sentido el acontecer confirma o invalida, refuerza o matiza la hipótesis explicativa. Se trata de un mal laboratorio en un sentido: que el acontecimiento tuviera lugar de tal o cual manera puede ser resultado de algún elemento contingente (X) omitido en la explicación; así, ABC + X puede haber dado un determinado desenlace (D), pero ABC + Y podría haber dado otro (E); y olvidar esto equivale a caer en la conocida falacia *post hoc ergo propter hoc*. Éste es un problema reiterado de toda explicación histórica, y los filósofos que han examinado nuestros procedimientos se han recreado en él. Pero olvidan que en otro sentido «la historia» es un buen laboratorio, dado que el proceso y el acontecer están presentes en cada momento del dato empírico, poniendo a prueba cada hipótesis con uno u otro resultado, proporcionando conclusiones para cada experimento humano que haya sido alguna vez efectuado. Nuestra lógica es falible. Pero la multiplicidad misma de experimentos y su recíproca congruencia limitan los peligros de error. Los datos referentes a cualquier episodio particular pueden ser imperfectos: habrá muchísimas lagunas cuando consideremos el acontecer en forma de hechos discretos seriados; pero sobreviven los suficientes datos —por lo menos en la historia menos distante—¹³ para revelar la lógica de este proceso, su resultado, las formaciones sociales que le son propias y el modo en que ABC dio lugar de hecho a D.

Podemos aclarar mejor este punto tomando un problema no del pasado sino del presente histórico. La Unión Soviética es el problema que tomamos. Para explicar uno de los aspectos de este problema —¿quién detenta el poder y hacia dónde se dirige el proceso político?—, se proponen una serie de hipótesis explicativas. Por ejemplo, la Unión Soviética es un estado obrero (tal vez con ciertas «deformaciones») capaz de un ascendente desarrollo propio, sin severas luchas internas ni rupturas de continuidad: todos los «defectos» pueden ser corregidos desde dentro, bajo la guía de un partido proletario configurado por la Teoría Marxista y, por ende, provisto de las «instrucciones para el uso» de la historia. O la Unión Soviética es un estado en el cual el poder ha caído en manos de una nueva clase burocrática, cuyo interés consiste en asegurar sus propios privilegios y la continuidad de su dominio del poder; esta clase sólo será derrocada me-

dante otra revolución proletaria. O el estado soviético es el instrumento de una forma histórica específica de industrialización forzada que ha entronizado una serie arbitraria y contingente de grupos dominantes, de los cuales cabe ahora esperar que sean los agentes de la «modernización» de la sociedad soviética capaz de llevarla a una conformidad tardía e imperfecta con ese auténtico modelo de sociedad que para el hombre moderno es Estados Unidos. O el estado soviético sólo puede comprenderse —y éste es el punto de vista más cercano al mío— con ayuda del concepto de «parasitismo»; y los interrogantes de si sus grupos dirigentes tienden a cristalizar o no en una *clase* burocrática, o de si se puede imponer a estos grupos reformas episódicas mediante presiones de varios tipos (a partir de las necesidades y resistencias de trabajadores y campesinos, a partir de intelectuales disidentes y a partir de la lógica derivada de sus propias contradicciones internas, de las luchas de facciones y de su incapacidad para llevar a cabo funciones esenciales, etc.), siguen siendo preguntas históricamente inconclusas e indeterminadas, que pueden precipitarse hacia una u otra dirección más concluyentemente determinada en virtud de contingencias múltiples.

Hay un sentido real e importante en el cual estas —u otras— hipótesis sólo hallarán confirmación o refutación en la praxis del propio acontecer de los hechos. El experimento aún no está concluido, y, por mucho que a Althusser le desagrade la expresión familiar usada por Engels, «la prueba del pastel está en el comérselo». El resultado, cuando sea sometido a examen por futuros historiadores, puede confirmar una de las hipótesis o puede sugerir una hipótesis totalmente nueva. Cualquiera que sea la «confirmación», si se da, nunca puede pasar de ser aproximada; la historia no está gobernada por leyes y no conoce causas suficientes, y si algunos historiadores futuros suponen lo contrario, estarán cayendo en el error de *post hoc ergo propter hoc*. Las hipótesis o la mezcla de ideología y de autoconciencia que nosotros, o el pueblo soviético, adoptamos en la actualidad son factores que entrarán como elementos dentro del acontecer real. Y si alguna «contingencia» diferente se hubiera abatido sobre dichos elementos (por ejemplo, si la crisis de Cuba hubiera desembocado en una tercera guerra mundial), entonces todo habría acontecido de forma diferente, las fuerzas militares y de seguridad se habrían fortalecido enormemente y, en tal caso, podría resultar que una hipótesis distinta tuviera capacidad explicativa.

Pero ésta no es una salvedad tan devastadora como a primera vista puede parecer. Pues será *la manera* en que las cosas acontezcan, *la manera* en que el «experimento» se desarrolle, lo que proporcionará a los historiadores futuros una inmensa capacidad adicional de comprensión respecto

de cuáles son las relaciones cruciales que estructuran a la sociedad soviética y que en nuestro presente histórico están detrás de las apariencias. El «resultado» les proporcionará capacidad adicional para comprender qué elementos de gran peso (tal vez, por ejemplo, la ideología estatal del marxismo-leninismo) estaban destinados, en los hechos, a mostrar su fragilidad y su caída, y qué otros elementos, inarticulados y laxamente estructurados, prefiguraban una oposición emergente. Los historiadores del futuro, que sabrán *cómo* habrán ocurrido las cosas, tendrán con ello una ayuda poderosa para comprender no por qué *tenían que* acaecer de esta manera, sino por qué acaecieron de hecho así: esto es, observarán en el laboratorio de los sucesos los datos empíricos de la determinación entendida no como ley regular sino como «fijación de límites» y «aplicación de presiones».¹⁴ Y los historiadores de hoy tienen exactamente la misma posición respecto del pasado histórico, que es, simultáneamente, su objeto de investigación y su laboratorio experimental.

Que la explicación histórica no pueda tratar con absolutos ni aducir causas suficientes irrita grandemente a ciertas almas simples e impacientes. Suponen que si la explicación histórica no puede ser el Todo, entonces no es Nada; se reduce a una narración fenomenológica consecutiva. Esto es un estúpido error. Pues la explicación histórica revela no de qué manera la historia *debió* acontecer, sino por qué aconteció de esta manera y no de otra; que el proceso no es arbitrario, sino que tiene su propia regularidad y racionalidad; que ciertos tipos de acontecimientos (políticos, económicos, culturales) han de ser relacionados no de la manera que a uno le guste, sino de maneras concretas y dentro de determinados campos de posibilidad; que ciertas formaciones sociales no están gobernadas por una «ley» ni son «efectos» de un teorema estructural estático, sino que se caracterizan por determinadas relaciones y por una determinada lógica del proceso. Y así sucesivamente. Y muchísimo más. Nuestro conocimiento puede no satisfacer a ciertos filósofos, pero basta para tenernos ocupados.

Hemos dejado atrás nuestra octava proposición, y ahora podemos formularla de nuevo. Las categorías apropiadas a la investigación de la historia son categorías históricas. El materialismo histórico se distingue de otros sistemas interpretativos por su consistencia obstinada (obstinación que a veces, por desgracia, ha derivado en doctrinarismo) en elaborar tales categorías, y por su articulación de éstas dentro de una totalidad conceptual. Esta totalidad no es una «verdad» teórica acabada (o Teoría); pero tampoco es un «modelo» artificioso; es un *conocimiento* en desarrollo, aunque un conocimiento provisional y aproximado con muchos silencios e impurezas. El desarrollo de este conocimiento tiene lugar tanto en la teoría como en la práctica; surge de un diálogo; y su discurso de la demostración

se formula en los términos de la lógica histórica. Las operaciones efectivas de esta lógica no aparecen, punto por punto, en cada página del libro de un historiador; si lo hicieran, los libros de historia acabarían con la paciencia de cualquiera. Pero esta lógica debería estar implícita en cada compromiso empírico y explícita en el modo en que el historiador se sitúa ante los datos empíricos y en las preguntas planteadas. No pretendo que la lógica histórica sea siempre tan rigurosa o tan consciente de sí misma como debería serlo; ni que nuestra práctica concuerde muy a menudo con nuestras declaraciones. Sólo pretendo que esta lógica existe. Y que no somos todos nosotros unos niños de pecho.

Notas

1. «Sartre aujourd'hui», *L'Arc*, n.º 30, trad. al inglés en *Telos*, 9 (1971), p. 110-116.
2. Esta tentativa ha nacido en parte debido a los auténticos esfuerzos hechos para establecer procedimientos «científicos» de investigación (cuantitativos, demográficos, etc.); pero en parte ha surgido de la impostura académica de los «científicos sociales», en sus intentos por mantener una cierta paridad de nivel con sus colegas de las ciencias naturales en el seno de las estructuras educativas (y frente a los organismos que deciden las subvenciones), dominados por criterios utilitarios. La noción más antigua de la historia como una de las «humanidades» sometida a disciplina fue siempre más exacta, aunque fuera propia de aficionados.
3. La «regla de realidad» de J. H. Hexter —«la versión más probable que pueda sostenerse con los datos empíricos relevantes de que se dispone»— es en sí misma útil. Por desgracia, su autor la ha puesto en obra de maneras cada vez más perjudiciales, en apoyo del supuesto previo de que *toda* versión «marxista» *debe* ser improbable.
4. Para un ejemplo pristino de esta falta de comprensión, véase Hindess y Hirst, *Pre-capitalist modes of production*, Londres, 1975, p. 312.
5. Esto no significa que la «historia» deba verse *sólo* como proceso. En nuestro tiempo, los historiadores —y sin duda los historiadores marxistas— han seleccionado el proceso (y las cuestiones concomitantes de relación y causación) como el objeto supremo de la investigación. Hay otras formas legítimas de interrogar los datos.
6. Leszek Kolakowski, «Historical understanding and the intelligibility of history», *Tri-Quarterly*, 22 (otoño 1971), pp. 103-117. He ofrecido una restricción a este razonamiento en mi «Open letter to Kolakowski».
7. Véase la interesante distinción de Sartre entre «noción» y «concepto» a que me he referido en otro lugar. No obstante, seguiré haciendo uso de ambos.
8. Por «conceptos» (o nociones) entiendo categorías generales —de clase, ideología, estado-nación, feudalismo, etc., o formas y secuencias históricas específicas, como crisis de subsistencias, ciclo de desarrollo familiar, etc.—, y por «hipótesis» entiendo la organización conceptual de los datos empíricos destinada a explicar episodios particulares de causación y relación.
9. Puede hallarse una provechosa elucidación de estos procedimientos en E. J. Hobsbawm, «Karl Marx's contribution to historiography», en R. Blackburn, editor, *Ideology and social science*, 1972 [hay trad. cast.: *Ideología y ciencias sociales*, trad. de E. Ruiz Capillas, Grijalbo, Barcelona-Buenos Aires-México, 1977].

10. Por el cual estamos en deuda particularmente con la demografía histórica francesa.
11. He expuesto de nuevo recientemente mi posición en «Eighteenth-century English society: class struggle without class?», *Social History*, III, n.º 2 (mayo 1978) [hay trad. cast. en el volumen E. P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1979]. Véase también E. J. Hobsbawm, «Class consciousness in history», en I. Meszaros, ed., *Aspects of history and class consciousness*, 1971, y C. Castoriadis, «On the history of the workers' movement», *Telos*, 30 (invierno 1976-1977).
12. Tales «modelos» estáticos pueden naturalmente desempeñar un papel útil en ciertos tipos de investigaciones.
13. El problema de las «lagunas» en la información sobre las sociedades antiguas es examinado en M. I. Finley, *The use and abuse of history*, 1971, p. 69-71 [hay trad. cast.: *Uso y abuso de la historia*, Crítica, Barcelona, 1977].
14. Véase Raymond Williams, *Marxism and literature*, y el importante capítulo sobre «Determinación».

Pero Althusser la teoría de la historia
"no existe en un sentido real"

MARXISMO E HISTORIA

De MISERIA DE LA TEORÍA*

¿De qué se trata? Sería sencillo descartar todo el razonamiento sobre la base de que Althusser ha planteado una cuestión ilegítima, pero exigida por sus previas confusiones epistemológicas. Ésta es, de hecho, una parte importante de la respuesta, y una respuesta suficiente a Althusser, y puede ser justificada brevemente. Lo que propone es una pseudo-oposición. Por un lado, presenta la Teoría (y el propio *Capital*) como algo que «se desarrolla exclusivamente en el ámbito del conocimiento y que concierne exclusivamente al orden necesario de la aparición y desaparición de conceptos en el discurso de la demostración científica» (LC, I, p. 144). Por otro lado, frente a este proyecto bastante ambicioso, presenta los mezquinos proyectos del «empirismo», que no son sino «ideología». Engels trata de revolver los dos, lo cual sería desastroso (¡el signo de la Bestia empirista!), ya que el discurso de la demostración ha de exigir, como requisito previo, la fijeza y la no ambigüedad de los conceptos. Pero ya hemos visto que la noción de «empirismo» de Althusser es falsa y que impone los cánones de la filosofía a procedimientos y disciplinas del todo diferentes. No necesitamos llevar más allá este razonamiento.

Incluso en relación con sus propios términos, el razonamiento de Althusser ofrece contradicciones internas y evasivas. Así, nos dice que «tenemos todo el derecho de decir que la teoría de la economía política marxista deriva de la teoría marxista de la historia, como una de sus regiones»; pero también nos dice (véase p. 14) que la teoría de la historia, incluso ahora, cien años después de *El capital*, «no existe en un sentido real». De modo que, en una de sus «regiones», la teoría política marxista procedía de «una teoría ausente». A la vez que afirma esto, Althusser elude el hecho evidente

* *Miseria de la teoría*, traducción de Joaquim Sempere, Crítica, Barcelona, 1981, pp. 93-117; bajo el título de «Sobre el carácter epistemológico de las categorías históricas». («Marxism and History», en *The Poverty of Nations and Other Essays*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978.)